

Pastoral de las Vocaciones Adultas

¿Remiendo o Solución?

P. José Fernández de Oliveira S.C.J. (P. Zezinho)

Estoy acompañando el proceso de Pastoral Vocacional desde 1963 en la orientación de las vocaciones adultas. Llevo, pues, quince años en búsqueda. Son otros tantos los que me estoy interrogando sobre este proceso.

Cierto que esto no da derecho a hablar ex-cathedra; pero tampoco me coloca entre los francotiradores que hablan por hablar, sin haber jamás tratado este asunto. Creo firmemente en este proceso y veo un valor extraordinario al caminar en esta dirección; pero tengo muchos interrogantes y un centenar de reticencias como algunas Iglesias locales caminan hacia este proceso. Saltos en el vacío pueden darse; pero no dejan de ser una temeridad. Y temeridad es lo que parece ser, al menos en algunas comunidades latinoamericanas, el proceso al que se convino en llamar *Pastoral de las Vocaciones Adultas*.

He comenzado usando mucho la palabra "proceso"! He tenido un propósito: recalcar un aspecto sin el cual resulta difícil tratar este asunto.

Admito y reconozco que no se desencadena artificialmente una lluvia de vocaciones. Pero tampoco puedo imaginar la Pastoral Vocacional como algo duradero y verdaderamente eclesial si no nace de un camino que tenga comienzo, seguimiento y destino...

Allá por 1963 tuve la primera oportunidad de tomar contacto con lo que se llamaba "Seminario de Vocaciones Adultas". Fue en la pequeña ciudad de Great Barrington, Mass., en los EE. UU. Para un sujeto como yo, que sólo conocía la existencia de seminarios menores, era algo fantástico. Pero más fantástico todavía la información de que en Francia y en Canadá había una decena de escuelas de este tipo, donde había médicos, excombatientes de Corea y de Oknawa, abogados y otros profesionales... gente madura y consciente de lo que quería! Pensaba: si esto marcha bien, va a ser la solución para la iglesia en los próximos siglos.

Entusiasmado con tal experiencia y habiendo convivido durante un curso de teología por lo menos con cuarenta candidatos adultos, durante años fui un entusiasta de este proceso. Y continué siéndolo, porque, como proceso, es válido.

No vale la pena discutirlo. Las vocaciones adultas son un camino. Digámoslo más claramente: son uno de los pocos caminos que nos quedan en materia de Pastoral Vocacional. Mi interrogante comienza cuando se pretende hacer de ella el camino, el *único* camino viable, la solución mágica, la gran respuesta!

Ahí comienzan las limitaciones de este proceso. Sí, las limitaciones porque está lleno de defectos y casi tan minado como el camino de las vocaciones infantiles-juveniles.

Con otras palabras: las vocaciones adultas, presentan, a largo plazo, casi los mismos problemas y fallas que los vistos y criticados en los seminarios menores. Si éstos parecían casas-cunas, las casas de vocaciones adultas parecen

fábricas de sacerdotes a toque de tambor, pero con la misma falta de criterios del antiguo seminario menor.

Si algún colega de vocación adulta me está leyendo, creo que me entenderá. No me refiero a las cualidades interiores de estas vocaciones, sino al tipo de formación equivocada que se les da.

La mayor parte de las veces, estos muchachos o señores aparecen llenos de idealismo, de espíritu de renuncia y sincero deseo de servir a la Iglesia. Sin embargo, en la marcha del proceso de formación les falta algo... Algunos heroicamente superan el vacío con lecturas, piedad, apertura y actualización constante, llegando a ser sacerdotes excelentes, más por mérito personal que por la formación que recibieron. Otros no llegan a tanto... Deben caminar tanto como las vocaciones infantiles-juveniles.

Su "madurez" no les ayuda en nada, después que constatan que fueron lanzados a quemar etapas a causa de la edad. Se sienten limitados, poco preparados, y terminan aburridos, individualistas, agresivos o simplemente aislados, sintiéndose engañados en la opción que hicieron.

¿Por qué este fenómeno?

Creo que ya es hora de cuestionarlo, pues hay sectores de la Iglesia que lo abrazarán como se agarra a la tabla de salvación. Ignoran casi todos los otros caminos y se lanzan ciegamente por el estrecho desfiladero de las vocaciones adultas, con todas las consecuencias de impases y soluciones artificiales que puede acarrear tal actitud.

He dicho y vuelvo a decir que las vocaciones adultas son una *posibilidad*. Sin embargo, no las veo como *solución*, al menos en la forma como esta gente viene siendo tratada en algunas diócesis o comunidades religiosas. Me explico: Falta, en general, una psicopedagogía que respete realmente los valores y, con ellos, los contravalores y las limitaciones de este tipo de vocaciones para el liderazgo de la Iglesia.

En el campo de la Pastoral Vocacional existen ciertas ideas que aparentan ser hermosas y simpáticas, pero que no dejan de ser gratuitas. Una de ellas es la propalada razón que se da en favor de las vocaciones que sobrepasan los dieciocho o veinte años: "Son más experimentadas". "Son más maduras"...

Hay que preguntarse: "experimentadas" en qué?, "maduras" para qué? Conozco gente que jugó fútbol de barrio durante años y cuando se alistó al fútbol profesional decayó en la producción por no conseguir entender los nuevos esquemas. El técnico les imponía un tipo de juego que les parecía rígido en demasía. Preferían volver al fútbol de barrio o dejaban de jugar sin creer en nada. Conozco otros que jugaban al fútbol de salón, pero al hacer el cambio, jamás se adaptaban al de campo. Eran "maduros" para un tipo de fútbol, pero no para todos los tipos...

La comparación no es completa, pero obliga a pensar. Estar maduro para la vida, no es lo mismo que estar maduro para el ministerio sacerdotal. Hay laicos maduros y de sentimientos puros, pero que se sentirían muy mal si la Iglesia les exigiera el celibato, la abnegación total y la aceptación de un esquema de servicios que llegase a modificar sus hábitos de vida. No por ello son inmaduros. Madurarán de otra manera. Sólo eso! No podemos exigir que una naranja lima madura se vuelva, de repente, una naranja baiana. Mutatis mutandis es más o menos eso lo que se espera de algunas vocaciones adultas. Se les exige un cambio de actitudes para las que no fueron preparados y que ni combinan con sus tendencias, por mucha madurez que haya.

En algunos sectores de la Iglesia estamos jugando con las vocaciones adultas. Bajo el argumento de que maduros, cultivamos poco, injertamos poco, re-

gamos poco y asistimos muy poco a esta gente, que, por lo demás, casi siempre es sincera. Me decía recientemente uno de ellos.

— El problema es que, por una parte, nos subestiman y, por otra, nos sobrevalorizan. Por el lado de los estudios, piden poco, y por el de la formación moral y espiritual piensan que tenemos mucho porque somos capaces de convivir bien con el grupo. Lo que es gracia social se confunde con la madurez espiritual. Casi nunca van al fondo del problema, no nos cuestionan y dan por seguro que sabemos lo que queremos de la vida. La gente sabe de la vida; lo que no sabe es de la Iglesia a la que quiere servir, pero que a penas conoce. Casi estamos obligados a trazar nuestro propio camino en dirección al sacerdocio. La gente tiene miedo de que cuando lleguemos allá estemos poco preparados. La verdad es que tenemos menos tiempo que los otros...

— La cosa es tal, me decía otro, que si un sujeto mal intencionado quisiera ser sacerdote, bastaría con que mostrara un diploma y, durante cinco años, se mostrara cuerdo y atento ante su obispo o rector para terminar ordenado. No le exigiría mayor apertura que esa: el obispo porque no está al tanto de todo, el rector porque confía en nuestra madurez. Pero falta diálogo franco y apertura de ambas partes.

El problema de la dirección espiritual.

Aquí se sitúa uno de los muchos problemas de la formación de estos candidatos. Evidentemente, por estar más experimentados en la vida, se espera tengan menos dependencia de los consejos que un jovencito de 15 ó 16 años. El que no dependan de los consejos, no quiere decir, sin embargo, que no los necesiten. Hay una justa medida según la cual la psicopedagogía hará bien distinguiendo entre *exceso* y *carencia* total.

Si el candidato vive a la puerta del director espiritual o de los superiores, es claro que carece de buen sentido o de madurez espiritual para ser líder de conciencias. Terminará siendo cada día más escrupuloso... Si el candidato es autosuficiente hasta el punto de no solicitar jamás una orientación o de hacerla con tanta parsimonia que difícilmente permita un diálogo profundo, parece nuevamente que el terreno pierde consistencia. El problema es delicado!

Se puede añadir algo más sobre este punto. El adolescente o la vocación infantil-juvenil es, hasta cierto punto, un libro abierto. Si esconde algo, es fácil darse cuenta de que lo esconde. Si lo revela parcialmente, es muy fácil ir al fondo. Si no se deja tratar, hay cierto tiempo para esperar que madure. En cualquier caso, el proceso de crecimiento del niño y los ímpetus de esa edad, contribuyen a acompañar más fácilmente a un niño que a un adulto.

El adulto suele ser más cerrado. Cuando quiere abrir su corazón, lo hace con una maravillosa disposición de alma que sólo puede llenar de alegría al orientador. Sin embargo, cuando quiere ocultar algo, incubar alguna tendencia o simplemente defender su yo, lo hará con cierta maestría, haciendo creer, durante cinco o seis años, que es apto.

En la edad adulta disfrazan mejor las tendencias. Por eso la dirección espiritual de los adultos necesitaría ser más cuestionadora, más inquietante, más provocadora y más profunda; porque en esos casos no hay tiempo para esperar en el proceso psicofisiológico del candidato.

Pienso que las vocaciones adultas comienzan a perder sus cualidades a partir del momento en que las orientaciones de conciencia pierden la importancia tanto para el orientador como para el orientado.

Que se llame "dirección" u "orientación", el hecho es que este elemento ha faltado bastante en muchos ambientes donde se cultivan las vocaciones adultas. Pienso que un alerta de otros compañeros también envueltos en los problemas de la formación, ayudara a algunos obispos (que no siempre están al tanto de lo que pasa en sus diócesis) y a los superiores mayores para elegir mejor los orientadores de tales candidatos. Hacia dónde encaminarlos, a quién designar para tal función, qué plazo mínimo exigir para cada candidato..., son asuntos de extrema importancia cuando se tratan estas cuestiones.

El problema de la cultura.

No es que los candidatos infantiles-juveniles sean mejores a medida que alcanzan la madurez, sino que, habiendo pasado más tiempo dentro de un "modus vivendi" del clero, se adaptan mejor, así como pueden asimilar valores y virtudes de ministros consagrados a la causa de la Iglesia.

El amor por el "depósito de la fe" puede ser uno de esos valores que sólo el tiempo inculca en el individuo. Es verdad que hay ejemplos magníficos de adultos abiertos a todos los valores culturales de su pueblo y de la Iglesia que resultan excelentes vocaciones adultas. Pero es también verdad que algunos sectores de la Iglesia últimamente comienzan a contentarse con un sacerdote "más o menos informado". Algunas vocaciones adultas reciben tan poca formación filosófica y teológica que cabe preguntarse si saben lo suficiente de catecismo, historia y exégesis para asumir algún ministerio dentro de la Iglesia. Ya no es admisible la sola vivencia para un laico; cuánto menos lo será para un líder espiritual de envergadura como aquel a quien la comunidad va a llamar "pater" o simplemente "presbítero".

Hay diócesis en las que, angustiadas por la necesidad de sacerdotes, aceptan ordenar adultos poco preparados para afrontar los impactos de una sociedad como la nuestra en la mente del pueblo. No se les exige cultura: ni la Historia de la Iglesia, ni la Historia universal, ni Patrística, ni Teología Moral, ni Dogmática, ni Cristología, ni Exégesis, ni Liturgia, ni Filosofía. Lo que reciben prácticamente se reduce a un cursillo rápido de Catolicismo sin alguna sistematización.

Si no son continuamente actualizados, en cuanto aparezcan los primeros conflictos, muy pronto se van a sentir dislocados de la vida diocesana y, más tarde, de la Iglesia. Por muy crítica que sea la situación, resulta una temeridad asumir tal riesgo; por mucho que se crea en la acción del Espíritu Santo que ilumina, no es ningún tapa-agujeros, ni un Reader's Digest de nadie.

El problema de la educación afectiva.

Aquí está el centro de la argumentación de muchos: dicen que el celibato sólo puede ser vivido por quien está maduro para esta opción! Y esto es una gran verdad. Lo que no es tan verdad es la conclusión que deducen: luego, las vocaciones adultas son más aptas para vivirlo!

Premisa cierta, conclusión precipitada porque faltó una segunda premisa también cierta: tendrían que dar una prueba incontestable de que después de los veintiun años toda persona alcanzó la madurez afectiva; y no la hay!

Hay muchachos y muchachas que se hacen adultos tranquilos y capaces de canalizar su vida afectiva hacia el pueblo y a la Iglesia, así como hay adultos

mayores, probados y sufridos que, de repente, retroceden como si volviesen a la adolescencia.

Es claro que el seminario menor tuvo en ello su dosis de culpa; pero seamos sensatos. No pongamos toda la responsabilidad en este sistema. No fue el seminario menor el culpable de la crisis afectiva de muchos sacerdotes. Después del seminario menor estuvo el noviciado, la casa de filosofía y la de teología. Son unos siete años o más que pueden haber influido tanto o más negativamente que los otros siete anteriores. Habría que investigar desapasionada y honestamente el problema, para ver si es el seminario menor el que tuvo la mayor parte de culpa. Las crisis existenciales no parecen estar todas en la fase de los trece a los diecinueve años... ¿Qué tal apuntar hacia el noviciado y las casas de Filosofía y Teología de hace quince, veinte o treinta años atrás?

Sea lo que fuere, el hecho es que la fórmula no es tan mágica como pretendemos que sea. Vocación adulta, vivida y experimentada, no es garantía ninguna de mejor cualidad de celibatarios para la Iglesia. Quien observe de cerca el problema notará que todas las diócesis y congregaciones religiosas tienen historias igualmente inquietantes para contar entre sus miembros egresados. No parece que la mayoría del tanto por ciento repose en los que vinieron del seminario menor! Probablemente nos hemos equivocado tanto en el seminario menor como en las casas de vocaciones adultas. Eso de afirmar que las vocaciones adultas están mejor preparadas para el celibato que exige la Iglesia, me parece un mito que habría que probar con estadísticas! Por otra parte la caridad no permite tratar de lleno este asunto. Pero que respondan los obispos y superiores mayores. Ellos conocen los datos. Bastaría hacer la investigación...

Tal vez tengamos que aprender a no simplificar el problema de la Pastoral Vocacional. Ni las vocaciones infantiles-juveniles ni las vocaciones adultas son la solución. Todo o casi todo depende de los formadores y de su presencia junto a los formadores, independientemente de la edad o de la "madurez psicológica".

En parte remiando, en parte solución.

No consigo escapar a la impresión de que los obispos y superiores —creyendo poseer datos (estadísticos y económicos) suficientes para descartarse del seminario menor, optaron por las vocaciones adultas— están poniendo un remiendo con paño nuevo... Puede no adaptarse al tejido eclesial que tenemos. Absolutamente lo mismo se podría decir de los que no creen en las vocaciones adultas.

Es increíble constatar lo extremistas que somos en materia de soluciones para la Iglesia. Algunos obispos y sacerdotes, que antes jamás se preocupaban de las vocaciones adultas como posibilidad, ahora sólo se preocupan por ellas y no mueven una paja en beneficio de las infantiles-juveniles. Pasaron de un extremo a otro. Antiguamente no era importante cultivar las vocaciones después de los veintiún años; ahora no es conveniente cultivarlas antes!

¡Dicen que cambiaron los tiempos! Tanto mejor. Sería cuestión de aprovechar el cambio para descubrir una forma más actualizada de seminario menor y otra más madura de seminario mayor o para mayores. En la Iglesia católica, no sé si por resquicio de la milagrería y los exvotos de antiguo, tenemos una tendencia increíble para las fórmulas mágicas. "Con los niños no estoy seguro, luego... con los adultos, sí"... Todo muy simpático; sólo que no hay datos suficientes, por lo menos en Brasil, para garantizar que nuestro futuro está sólo en las vocaciones adultas.

A pesar de sus defectos, al menos el seminario menor dió el 3% en algunos países, y en otros dió más del 80% del clero que hoy tenemos, incluyendo los sacerdotes extranjeros que tan sinceramente nos ayudan y luchan con nosotros. Todavía no se puede afirmar lo mismo respecto a las vocaciones adultas. Y temo que pasen muchos años antes de que podamos decir algo definitivo. Mientras tanto será bueno que cultivemos esas vocaciones, sin canonizarlas. Por otra parte el problema me parece que no son estos mozos o estos señores. Somos nosotros los que, encantados con esta nueva posibilidad, actuamos precipitadamente. Los preparamos mal para el sacerdocio, llevados por la prisa, el pánico, la mentalidad mágica y a veces por una cierta temeridad rayana en el abuso.

Quince años de observación por el Brasil y al menos por nueve países no me dan, ciertamente, derecho a dogmatizar sobre el asunto, pero me dan el derecho a alertar a los que sólo aciertan a percibir las vocaciones de la hora undécima... Como si Dios no llamase también trabajadores de primera hora!...

La Iglesia vive combatiendo las tesis y las antítesis del marxismo, y a veces hace lo mismo! Nunca llega a la síntesis... Tal vez sea este el momento de llegar a ella en el Brasil... La Pastoral Vocacional no puede pasar de un sueño a otro sueño... Es necesario caer en la realidad. Y nada nos garantiza que la pastoral *sólo de vocaciones adultas* no sea una pesadilla tan fatídica como la pastoral *sólo de vocaciones infantiles-juveniles*.

Para quien, en estos años de transición, todavía no ordenó ninguna vocación adulta, es muy pronto para juzgar. Para quien las ordenó, es muy poco tiempo. El valor de un sistema tan complejo no se mide con tan pocos datos. Por lo visto, parece que no es nada infantil dejar abierta la posibilidad de *un nuevo tipo de seminario menor* y, con él, *un nuevo tipo de casa para vocaciones adultas*; funcionando ambas en la misma provincia o en la misma diócesis.

Puede que esto no pase de utopía. Pero de utopías hemos vivido hasta la fecha. Sólo que, entre las utopías, hay siempre algunas que son menos utópicas. Y son aquellas que, bien o mal, por lo menos ofrecen resultados claros y datos sobre los cuales se puede construir o reconstruir.

El caso de la Pastoral Vocacional es uno de estos fenómenos... Y sería bueno que se piense y, si es necesario, se bregue por él. Amén, Aleluya!